

ros... ¿Y qué va usted á hacer á la capital, con riesgo que le falte al respeto uno de esos republicanos que llegan ansiosos de vengarse del disgusto que su marido y el Emperador les han causado?... Pero no hice caso de don Federico, y por la mañana, cuando el criado se levantó á barrer la calle, yo me escapé llevando por toda compañía á mi recamarera Margarita y á mi chihuahueño *Jimmy*...

(En este instante, el perro, que duerme dentro de un manguito, se despierta oyendo su nombre y empieza á ladrar desaforadamente; *Babby*, el king-Charles del Emperador, se alborota mucho más y grita tan ruidosamente como el pequeño huésped; durante algún rato no se puede escuchar conversación ninguna debido al diálogo violento que sostienen los animalitos. Cuando el silencio se restablece un poco, la princesa continúa con el uso de la palabra.)

El señor Hube fué á esperarme á la estación del ferrocarril, tratando de impedir mi salida... Le dejé plantado lo mejor que supe y me encaminé á México... Llegué á Chapultepec en busca del coronel León, á quien conozco porque residió dos años en los Estados Unidos; León se hallaba almorzando en una fonda de las cercanías y ocurrió luego que supo cuál era el objeto de mi llamado... Sí, sí, podía ayudarme á conseguir que los jefes extranjeros se rindieran evitando así el derramamiento de sangre; pero no había que pensar en ventajas para Vuestra Majestad y para los pobres encerrados en Querétaro; Querétaro no tenía remedio, y ya se rindiera Vuestra Majestad con su ejército, ya se le capturara en acción de guerra, su

situación era de lo más desesperado y terrible... Me volví con la muerte en el alma, tanto que no observé que el camino estaba lleno de soldados, de trenes, de cañones, de cantineras ebrias, de desorden y de confusión... ¿Y sabéis, Sire, que entre los republicanos hay muchos guapos y bien criados?... León no sólo me dejó ir libre, sino que me prometió que si los coroneles extranjeros querían venir á conversar con él, acerca de la manera de rendirse, él se comprometía, no sólo á que no sufrieran molestia ninguna, sino que les presentaría á Porfirio, que estaba encantado del comportamiento de tales jefes y se hacía lenguas de su audacia y su valor... Mi primera diligencia fué ir á ver al Barón de Magnus, que me recibió del peor talante del mundo, reprochándome el tomar á mi cargo cosas que no eran de mi incumbencia. Luego de recibir la fraternal le expuse en qué consistía mi plan y entonces el maldito diplomático se encantó de la oportunidad con que yo había meditado aquel alto y hermoso pensamiento; me mandó en coche á la casa del coronel Kodolisch, al que encontré en la casa del príncipe Khevenhuller, y luego de hablar muy largamente con los paisanos de Vuestra Majestad, convinimos en que se rendirían sin condiciones, pues si bien les sobraba coraje para dar la vida por su Emperador, les faltaba ánimo para ofrendarla en honor de Márquez y de las parcialidades mexicanas, que desconocen y naturalmente no quieren servir...

MAXIMILIANO

¿De manera que mis nobles paisanos creen en la traición del Leopardo?

AGNES

¡Ya lo creo que están seguros de que el tal Leopardo — que para mí á más andar se va convirtiendo en cerdo por lo asqueroso de su conducta — es el principal fautor de la conjura contra Vuestra Majestad! Viendo su buena voluntad, les pedí á los dos que me dieran un poder por escrito á fin de presentarme con él ante Porfirio... Se rehusaron á dármele diciendo que á tanto equivaldría firmar mi sentencia de muerte, pues Márquez había expedido un bando en que castigaba con la última pena á quien hablara de entrar en tratos con el enemigo. El señor Barón se rehusó también á darme papel que acreditara mi carácter; pero me llevó á ver á la señora Baz, esposa del general Baz, que se halla en el ejército del sitiador y que dicen será gobernador de México cuando la plaza caiga en poder de los republicanos. La señora Baz es como de treinta años de edad, bien compuesta de rostro, de hermosos dientes, de frente alta y despejada y de ojos extraordinariamente vivos y hermosos. La señora aprobó mi plan, y no sólo ofreció recomendarlo directamente con el general de los sitiadores, sino que me dió todas las seguridades de que

interpondría su influencia con su marido... Después de eso, mil aventuras, Sire; me dispararon tiros los imperialistas, volví á México, fuí á la villa de Guadalupe, hablé con Díaz, hasta que por fin me expulsaron de México prohibiéndome permanecer allí un día más... Parece que me habían calumniado ante Porfirio asegurándole que trataba de seducir á sus oficiales mediante no sé qué artes femeniles... Mas yo os juro, Sire...

MAXIMILIANO

Y aunque así hubiera sido, nada tendría de reprehensible. ¿No fué Judith, viuda honrada y de excelentes costumbres, á la tienda de Holofernes? ¿No ocurrió Ester al palacio de Asuero? ¿No se tendió, desnuda é implorante, Ruth á los pies de Booz? ¿No os parece así, Félix?

EL PRÍNCIPE SALM-SALM

Le sobra razón á Vuestra Majestad.

AGNES

Me desterraron á Querétaro, á disposición de Escobedo. Cuando los republicanos vieron bajar mi coche amarillo de seis mulas por la ladera de la Cuesta China, pensaron

que era Juárez quien llegaba á verles y á tomar parte en las operaciones... Escobedo me recibió en seguida, y luego de oirme, determinó mandarme á San Luis, pues dijo no le constaban los motivos que Díaz hubiera tenido presentes para prohibirme residir en sus dominios... ¿Qué hacer? Ir á San Luis era lo único posible, ya que no surtía efecto ninguno el asegurar, como aseguraba, que tenía interés en entrar so pretexto de que mi marido estaba herido gravemente. Escobedo me envió con el coronel Aspíroz para que me acompañara, pues deseaba que el Presidente se diera cuenta de lo que yo pretendía... La llegada á San Luis fué sin novedad; ya se sabía de ella y el Presidente se apresuró á recibirme... Un ayudante salió á mi encuentro, me condujo de la mano como en una contradanza, me hizo una reverencia de minué y se alejó dejándome en el aposento presidencial... Juárez no me sacó de dudas: nada sabía acerca de los motivos que hubieran determinado mi expulsión y para proceder en consecuencia esperaba recibir el informe que de seguro le mandaría Porfirio... Permanecí quieta en San Luis, segura de que nada podía hacer por vosotros, cuando repentinamente, la madrugada del quince de Mayo, oigo un gran repique de campanas, que como sabéis es la señal que tienen los mexicanos de anunciar una nueva favorable para sus intereses: se acababa de saber la caída de Querétaro y se decía que el Emperador y todos los suyos habían sido hechos prisioneros.

Me propuse venir inmediatamente; pero por más diligencias que hice para ver á Juárez, nada conseguí. Viendo que no era posible satisfacer mi impaciencia, salí sin comunicarle á nadie mi fuga... Llegué demasiado tarde para ver á Escobedo, que tiene su cuartel general en la hacienda de Hércules... Escobedo me recibió con suma amabilidad; se halla de buen humor porque hoy llegará su hermana, á quien no ve hace muchos años... En seguida le pedí que conferenciara con Vuestra Majestad, pues no hay razón ninguna para que ambos permanezcan alejados, siendo gentes que deben estar en diario contacto; me concedió lo que le pedía, y ahora vengo á solicitar del Emperador que me acompañe á hablar con su verdugo...

MAXIMILIANO

(Tranquilo, lisonjeado y satisfecho de que haya alguien que tome tan tierno interés por él.)

¡Sois una alhaja!... ¡Bien dijo quien dijo que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere!... Iré con vos, y podéis contar con que la conferencia se traducirá en pérdida para Escobedo... Figuraos al antiguo arriero, al mozo de mulas, al guerrillero, discutiendo con un archiduque, con un hombre que ha vencido en la disputa á hombres como Lord Palmerston y Cavour... Vamos, vamos, que ardo en deseos de darle un buen varapalo á Escobedo y probarle

que frente á frente no somos iguales ni me vence... Voy á rescatar las muchas faltas de mis generales... Vamos, Princesa.

(Le da el brazo y salen juntos por los corredores del convento-prisión. Los oficiales imperialistas que llenan los ambulatorios se inclinan reverentes al ver salir al que reputan su soberano, y le abren paso llenos de respeto. Maximiliano saluda á todos los que encuentra; muchos le besan la mano y derraman lágrimas mirando al nieto y hermano de los césares augustos, sucio, descuidado, con la barba inculta y el pelo crecido de esa manera viciosa y antipática que les crece á los calvos.)

ESCENA SEGUNDA

Bello jardín de la fábrica de Hércules; la espléndida primavera corona los tallos de las plantas valiosísimas, libradas á gran costa de los rigores del tremendo sitio; árboles rumorosos dan sombra y frescura al lugar; corre cantante y alegre un hilillo de agua que á cuenta procede del raudal que alimenta la fábrica, la cual ahora sirve de albergue al ejército, mientras están parados los husos, telares, diablos y demás ingenios que en otros días comunicaban vida y animación al caserío. Dos músicas militares que parecen puestas adrede para alborotar y meter ruido, acometen con varia fortuna trozos de música popular, triste y voluptuosa; de música de zarzuela, retozona y provocativa; de música italiana, llena de frases dramáticas que los entendidos repiten trayendo á la memoria las gracias de tal ó cual tiple ó los meneos de tal ó cual tenorino ó barítono.

MAXIMILIANO, AGNES, SALM, ESCOBEDO, VILLANUEVA, UN OFICIAL.

OFICIAL

(Dirigiéndose á Escobedo.)

Mi general, llegan en este momento los prisioneros á quien usted permitió venir acá...

ESCOBEDO

¡Ah, sí! Maximiliano y sus acompañantes... Que pasen...

MAXIMILIANO

(Tiende las manos al general vencedor con aspecto de inconsciencia que nadie habría esperado; el general le presenta la suya con aspecto ceremonioso y como deseando evitar efusiones. La conversación es al principio muy penosa, porque nadie se da maña de llegar al asunto que la provocó. Al fin Maximiliano dice á Escobedo que tiene algo que comunicarle; se retiran uno y otro por una calle de árboles que se abre á la derecha del lugar en que había empezado la conferencia.)

Celebro en el alma tener oportunidad de conversar con vos para haceros presente...

(La conversación se interrumpe por el ruido de dos músicas, que unido al del agua que pasa cantante y alegre y al de los ladridos de los dos perrillos, *Jimmy* y *Babby*, impiden escuchar cualquier cosa que no sea una fantasía de la *Gazza-ladra* enzarzada en tenacísima disputa con un jarabe tapatío que hace rugir de entusiasmo á los guerrilleros, que escuchan el baile nacional con las lágrimas en los ojos, y